

LA FILOSOFÍA COMO COHERENCIA DE PENSAMIENTO Y VIDA

María del Sol Romano

Universidad Iberoamericana de Puebla

Simone Weil (1909-1943), al igual que los grandes pensadores del mundo antiguo, practicó una filosofía existencial, entendida como una vocación por encarnar el propio pensamiento en la vida y simultáneamente como una reflexión sobre lo que la experiencia hace vivir. Su deseo de verdad y de justicia no permanecen en el plano intelectual, S. Weil reflexiona a partir de una filosofía entendida como sabiduría, como una inagotable búsqueda de verdad y bien. Por esta razón consagró su pensamiento y su acción para encontrar un remedio a los problemas que aquejan a la humanidad y que causan la desdicha humana, como es el caso de la opresión social y la barbarie. S. Weil muestra de este modo que la filosofía no solamente se relaciona con la parte reflexiva del ser humano,

sino también, con su sensibilidad y con su acción: “una filosofía es una cierta manera de concebir el mundo, los hombres y a sí mismo. Ahora bien, una cierta manera de concebir implica una cierta manera de sentir y una cierta manera de actuar”¹.

De acuerdo con esto, S. Weil no puede considerarse como una intelectualista que elabora teorías abstractas o que reflexiona fríamente sobre la cuestión de la condición humana. Tampoco puede ser vista como vitalista, en tanto que no busca exaltar la vida olvidándose de la verdad. La autora tiene simultáneamente una inclinación anti-intelectualista y anti-vitalista, puesto que propone una filosofía que mantiene un equilibrio entre el ámbito del pensamiento y de la experiencia; lo que posibilita la armonía

¹ WEIL, S., “Cahier inédit I”, [1940], en *Œuvres complètes*, t. VI vol. 1, Gallimard, Paris, 1994, p. 176. En adelante se usará la abreviatura OC, tomo, volumen y página.

entre el pensamiento y la vida sin mezclarlos ni confundirlos y dando su justo sitio a cada uno.

Una filosofía entendida como una unidad entre el pensamiento y la vida, hace que quien la practique comprenda mejor el mundo y vea de otra manera la realidad y, al mismo tiempo, ayuda a realizar una transformación no solo del propio pensamiento, sino también de la vida, con el fin de comprometerse en el mundo. Para que la reflexión filosófica sea auténtica debe *encarnarse* en la experiencia, en esta vida, pues –como subraya Simone Weil– tiene “por objeto una manera de vivir, una mejor vida, no en otro lugar, sino en este mundo y enseguida”².

Por lo tanto, la filosofía –como la concibe Simone Weil– no consiste en una pura “adquisición de conocimientos” sino en un “cambio de toda el alma”³. La filosofía no es

² WEIL, S., “Quelques réflexions autour de la notion de valeur”, [1941], OC, IV 1, p. 58.

³ *Ibidem.*, p. 57.

solamente reflexionar y contemplar, sino también, es mejorarse a sí mismo. La filosofía debe aspirar a una transformación de *todas* las dimensiones del ser humano. Como afirma la autora, “no hay reflexión filosófica sin una transformación esencial en la sensibilidad y en la práctica de la vida, transformación que tiene igual alcance respecto a las circunstancias más ordinarias y más trágicas de la vida”⁴. La existencia debe estar encaminada hacia una continua transformación, hacia un constante cambio de sí. Como lo manifiesta Simone Weil: “Existir, para mí, es actuar (...) actuar no es otra cosa para mí más que cambiarme a mí misma, cambiar lo que sé o lo que siento”⁵.

Por consiguiente, la filosofía debe ser -siguiendo a S. Weil- una “búsqueda de la sabiduría” y, al mismo tiempo, una *virtud* que consiste -según los términos de Platón- en un “cambio de toda el alma”⁶, en una

⁴ *Idem.*

⁵ WEIL, S., “Du temps”, [1929], OC, I, p. 142.

⁶ PLATÓN, *República*, VII, 518 c.

“transformación del ser”⁷. La filosofía es pues un ejercicio en donde el filósofo hace un trabajo sobre sí mismo uniendo su pensamiento y vida con la finalidad de *transformarse*. La transformación a la que conduce la filosofía expresa su enfoque ético y el progreso moral que hace experimentar a quien la práctica. Este progreso moral que tiene su origen en un deseo natural de verdad y bien inscrito en todo hombre, *implícitamente* es una respuesta al amor de Dios que es la Verdad y Bien absoluto. Cuando este deseo es auténtico inspira a quien lo experimenta a unir su pensamiento y vida, y más particularmente, a hacer descender el espíritu de verdad y de justicia en el mundo.

⁷ WEIL, S., “Cahier inédit I”, [1940], OC, VI 1, p. 174.